

Baltasar Porreño (1569-1639), historiador de los Arzobispos de Toledo

Discurso de ingreso en la Real Academia,
leído por D. Juan Francisco Rivera Recio, en
la sesión solemne del 6 de junio de 1943.

EXCMO. Y RVDMO. SR. ARZOBISPO (1);
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES (2);
SEÑORES ACADÉMICOS, SEÑORAS, SEÑORES:

Por el laberíntico itinerario de los cementerios cristianos, excavados en el subsuelo de Roma, conducían los *fossores* de las catacumbas a los peregrinos, llegados de lejanas tierras para venerar en la Ciudad Eterna los lugares sacrosantos, cargados de recuerdos. Cada tumba de aquellas interminables y entrecruzadas galerías les suministraba temas para trenzar historias ejemplares y recordar episodios heroicos. Y mientras, los peregrinos se iban empapando del jugo cristiano de la Roma antigua, amasada con sangre de mártires.

Cuando el 14 del pasado Diciembre el Sr. Académico-Secretario de esta docta Corporación se dignó comunicarme que había sido elegido para ocupar la vacante producida por el fallecimiento del M. I. Sr. D. Rafael Martínez Vega, Numerario de la Sección de Ciencias Históricas, me dí cuenta que mi primer acto en la Academia habría de ser muy semejante al de los *fossores* de las catacumbas. Yo también tengo que explicar una inscripción martirial. La leyenda martirial de una tumba de la nave izquierda del cementerio capitular de Santa Leocadia, cuyo contenido es como sigue:

(1) Dr. D. Enrique Plá y Deniel, Arzobispo de Toledo.

(2) Excmos. Sres. Gobernador Civil y Militar, de Toledo. Sres. Alcalde del Excmo. Ayuntamiento y Presidente de la Excmo. Diputación Provincial.

AQUÍ YACE

EL M. I. SR. D. RAFAEL MARTÍNEZ VEGA,
DIGNIDAD DE ARCEBIDIANO
DE ESTA S. I. CATEDRAL PRIMADA,
Y SU HERMANO D. FELIPE,
SACRIFICADOS POR EL ODIO MARXISTA
EL 30 DE JULIO DE 1936.

R. I. P.

Cincuenta años casi contaba de existencia la vida de D. Rafael, que un día del 1886 se abrió en Cuenca, en el seno de una familia honrada. La vocación sacerdotal, levemente insinuada, se revela cada día más clara. El Seminario diocesano, yunque de su espíritu, es a la vez candelero de sus extraordinarias dotes. En 1900, cuando contaba catorce años, la Universidad de Salamanca le recibe acogedora en sus aulas como becario del Colegio Universitario. Ochenta condiscípulos esclarecidos no llegan a ocultar la profundidad de su inteligencia ni el tacto delicado de sus observaciones. Los últimos años de su formación eclesiástica corónanse en 1910 con el título de doctor y la ordenación sacerdotal, meta anhelada de esta primera etapa de su existencia, puntos iniciales de referencia en la serie de destellos que proyecta esta lápida funeraria.

La proyección inmediata se alarga hasta Andalucía. En el Seminario de Guadix y en la ciudad ejerce una plausible labor docente de Filosofía y Lenguas Clásicas, desempeñando, misacantano casi, el cargo de Vicesecretario de Cámara y Gobierno en la Curia diocesana. A los veintisiete años, en 1913, obtiene, tras reñida oposición, una canonjía de aquella Catedral.

Habían transcurrido apenas cuatro años. La Sala Capitular toledana, fulgente de oros transatlánticos, que son dosel de la preclara teoría de Arzobispos y de los frescos murales de Juan de Borgoña, abre sus puertas al nuevo prebendado, el Sr. Martínez Vega, que forma desde aquel momento parte del Cabildo Primado.

Toledo y su Catedral calan íntimamente en el fondo de su alma durante diecinueve años. Se le reveló la ciudad, en el simbolismo místico de su topografía, «como joven pudorosa que moja sus pies en las aguas tranquilas que van corriendo; que se encarama después de colina en colina, jadeante, y vuelve de cuando en cuando su rostro—sus edificios—para medir la distancia que la separa del río. Temiendo que vayan a caer y a perderse en el fondo oscurecido de aquél, esconde acá y allá, medrosa, entre los pliegues de su vestido—sus calles—las riquezas que el arte le confió y que ella sabrá celosamente guardar» (3).

Se le reveló la Catedral sobre todo como el epifonema de la Virgen, que «no pudiendo ser encerrada ni en una imagen ni en un lugar, se ahonda en la cripta y se alza a las más altas vidrieras; ocupa los centros de los altares y se encarama a los capiteles de las columnas; busca la luz y se oculta en las sombras; tiene su capilla e invade las demás; penetra en el coro y se incauta de las naves; entra en las capillas y se asienta en sus muros fronteros; se coloca en el frontispicio de sus puertas y respalda su interior.....» (4).

El arte, tan sentido en las fibras de su espíritu sacerdotal, es sólo faceta de su vida, dedicada casi por completo a la enseñanza. Doctrinario ministerial de palabra fácil, recorre los meridianos españoles exponiendo, desde todos los púlpitos, las doctrinas dulces y severas del Evangelio; pedagogo insigne, forjó en sus clases de Teología Moral del Seminario-Universidad Pontificia generaciones de sacerdotes salidos con arraigo tan profundo de lo que les exigía la responsabilidad de su carácter que más de un centenar de aquellos discípulos suyos, cuando se vieron frente al dilema de apostatar de su fe o morir, no dudaron en perder la vida, escribiendo sobre la inmensa área diocesana, con la rúbrica indeleble de la propia sangre, su solemne profesión de fe, que es apología grandiosa de la Iglesia española y un himno también de gratitud al maestro que enraizó en sus conciencias la inquebrantable resolución de vivir o morir con dignidad sacerdotal.

(3) *La Catedral de Toledo y la Santísima Virgen. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas*. 15 (1933), p. 12.

(4) *Ibid.*, pág. 15.

Vamos simplemente señalando las fulgencias que aquella tumba proyecta. La República arremetió duramente contra la Iglesia y sus ministros. Vejaciones innúmeras se aumentaban cada día con nuevas injusticias para los sacerdotes, a quienes se despreciaba en sus derechos legales de ciudadanos. La reacción de D. Rafael fué intrépida. Conocedor de los talentos que Dios había confiado a su administración, pensó que la mejor manera de ayudar a sus hermanos los sacerdotes, era la de defenderlos con la ley ante una jurisprudencia anticlerical y comenzó, ya de cuarenta años, a cursar los estudios de Derecho que habían de darle figura profesional para ser el refugio de los vejados y propugnador oficial de la justicia. Terminó a fines de 1935.

Vacante la Canonjía de Archivero-Bibliotecario de la Catedral, impúsose el trabajo de catalogar el Archivo. Tarea ardua, que sólo puede ponderar debidamente quien conozca la abundante documentación del Archivo Catedralicio y las dificultades paleográficas y diplomáticas que arrastra consigo la descripción, científicamente minuciosa, de un documento antiguo. Miles de papeletas que llenan el fichero del Archivo, son el mejor argumento de su laboriosidad y pericia. Era ya entonces Arcediano de la Catedral, cargo del que tomó posesión el 4 de Diciembre de 1930.

Esta Academia, que salvas raras excepciones como la presente, ha sabido elegir los valores ciudadanos para llamarlos a la colaboración en los trabajos pro Toledo, nombróle Académico en 6 de julio de 1930, siendo tema de su discurso de ingreso *La valorización histórico-artística del Coro de la Catedral*, investigación ponderada que arrojó grande luz sobre puntos oscuros y controvertidos. También pronunció en la Academia un notable estudio sobre *La Catedral de Toledo y la Santísima Virgen*, al que pertenecen los párrafos anteriormente leídos, espléndida muestra del estilo literario del Sr. Martínez Vega y de su original captación de la belleza artística.

Llegó, por fin, aquel julio triste del 1936; la primera quincena fué de tremenda desazón nacional. El yugo insufrible saltó en pedazos el 18; después, declaración de guerra en la ciudad, asedio, dominio de los marxistas y sangre, sangre a torrentes. Entre los cadáveres que quedaron por la calle tendidos, buena parte lo eran de sacerdotes, presa codiciada del marxismo. El 24, D. Rafael Martínez Vega y sus familiares son detenidos; puestos en libertad

dos días después, es requerido el Sr. Martínez Vega por la autoridad para que acompañe, en unión del Sr. Tesorero, a los que habían de recorrer la Catedral buscando un posible alijo de armas; tal fué el pretexto, la realidad era muy otra y se reducía simplemente a que los marxistas sentían verdaderas codicias por el Tesoro catedralicio, y las llaves de las puertas blindadas se hallaban en poder de los mencionados Sres. Capitulares. Verificado el registro, volvió a su domicilio, de donde salió entre fusileros el 30 en compañía de su hermano D. Felipe, caballero de reconocida catolicidad y patriotismo. Son conducidos hasta las Carreras de San Sebastián. Eran las cinco y media de la tarde de aquel día de San Abdón y San Senén, mártires y probablemente hermanos, cuando otros dos hermanos morían también mártires, y, según alguna versión, abrazados. La misma sangre que corrió en vida por las venas fraternales corrió después junta por las heridas, por donde se escapaban al cielo las dos almas.

Poco menos de un año había transcurrido desde que el que esto escribe pudo conocer y tratar al Sr. Martínez Vega. Había pasado yo en Toledo una buena temporada, acopiando datos y transcripciones de documentos sobre el cluniaciense D. Bernardo de Sédillac, primer arzobispo toledano después de la reconquista. D. Rafael, que por entonces trabajaba en la catalogación del archivo, me proporcionó toda serie de facilidades para la investigación. Acompañándome un día a la Biblioteca Capitular me señaló como guía para mi trabajo la obra manuscrita del licenciado Baltasar Porreño, indicándome con legítima satisfacción de paisanaje que también era de Cuenca, y que aprovechaba cualquiera ocasión que se le presentaba para manifestarlo.

Hoy, cuando trabajo en la Biblioteca y Archivo catedralicios con los mismos instrumentos de que él se sirvió, cuando la Academia se ha dignado nombrarme para ocupar la sede que él dejó vacante, voy a tomar como tema de mi discurso de ingreso aquella misma obra, que mi antecesor me señalara un día del mes de Septiembre de 1935.

* * *

I

Notas biográficas de Baltasar Porreño.

Lope de Vega, en su poema «El laurel de Apolo», nos trae el panorama de las Bellas Letras españolas en el primer cuarto del siglo xvii. Es toda la obra un itinerario poético, en que el vate recorre la geografía hispano-americana, para señalar siempre, junto al nombre de las ciudades, la relación contemporánea de los literatos, a quienes ellas sirvieron de cuna.

Sólo cinco versos de la composición del Fénix nos interesan por el momento. Son los que siguen:

«Gloria de Cuenca, Baltasar Porreño,
en el verso latino y castellano
de tanta erudición se muestra lleno
quanta puede alcanzar límite humano.
Tulio español, Demósthènes christiano» (5).

¿Quién es este Baltasar Porreño? Ante todo, un amigo de Lope. El caústico vate, que sabe fustigar a sus adversarios sin piedad, que por resentimientos omite bastantes poetas dignísimos de loa y que, aun para el mismo Cervantes, tiene tan sólo una mención de fría indiferencia, teje para el de Cuenca corona de ditirambos.

En la ciudad castellana había nacido el 1569 (6). Año de conmoción patria por el levantamiento de los moriscos granadinos. En el corazón de Felipe II, entristecido por la muerte de su esposa doña Isabel de Valois, se iba abriendo, como una flor lozana, la confianza en Don Juan de Austria, joven a la sazón de veintidós años. La Iglesia universal, beneficiada por los saludables decretos tridentinos, era

(5) Lib. 1.

(6) La fecha de su nacimiento nos la dice el mismo Porreño, hablando de las Constituciones por las que se regía el Hospital fundado en Toledo por el Cardenal Tavera: «hicieron ciertas constituciones por las quales se rigió el hospital, y capilla hasta el año de mil y quinientos y sesenta y nueve *en que yo naçi.*» *Hist. de los Arz. de Toledo*, II, 223 v.º En otro lugar (*ibid.* 246 v.º): «y el siguiente (año) de mil quinientos y sesenta y nueve *en que yo naçi*, y fué el levantamiento de los moriscos.» Así puede precisarse una fecha, que sólo se había dado aproximadamente (conf. la introducción biográfica a la edición de la obra de PORREÑO, *Dichos y hechos del rey Felipe II*, Madrid, 1942, IX.

regida por el Santo Pontífice Pío V. Recluido en el castillo romano de Sant'Angelo el asendereado arzobispo de Toledo, Fr. Bartolomé Carranza, esperaba el veredicto del Supremo Tribunal de la Inquisición, mientras en Duruelo había conocido providencialmente a San Juan de la Cruz la Santa Reformadora del Carmelo, que en este 1569 se limpiaba en Toledo el polvo de sus sandalias andariegas.

En cuanto a la familia de Baltasar Porreño, solamente tenemos noticia de dos hermanos: Fr. Julián de Cuenca, franciscano, predicador de la provincia de San José, con residencia en Pastrana, y Francisco Porreño de Mora, que fué colegial del Real Colegio de Alcalá de Henares. Ambos son poetas y presentan con versos encomiásticos las obras de Baltasar. Seguramente el orgullo de la familia era el tío carnal, por parte de madre, D. Francisco de Mora, aposentador mayor del Palacio de su Majestad y arquitecto mayor real († 1611), «el hombre más eminente en arquitectura que han tenido nuestros siglos como lo afirma todo el mundo y lo testifica el edificio del Escorial, que en gran parte es obra suya, y la lonja de Sevilla y todas las obras famosas que oy día se hacen en nuestra España, que todas pasan por su traça como Arquitecto maior del Rey y del Reino y persona de sumo ingenio y capacidad» (7).

Conquense de corazón, es un enamorado de la ciudad de su cuna. Busca ansioso en sus escritos la ocasión de nombrarla o de salir por los fueros de ella y de sus hijos. Cuando en el libro que examinaremos después trata de San Donato, de D. Gil de Albornoz o de D. Alfonso Carrillo de Acuña, arzobispos toledanos, repite para indicar su naturaleza—como un ritornello constante—que son naturales de «Cuenca, mi patria», y para salir al paso de los que pudieran objetarle «cómo sea posible que de las sierras y peñascos de Cuenca aia salido quien sepa cortar la pluma tan delgada que se atreva a delincar las figuras y rostros de los Arzobispos y Preludos desta Silla (de Toledo) que es madre y Primada de todas las Españas», escribe:

«que esa es más grãcia, que en tierra fría nazcan çedros, camuesos y naranjos; y que en Cuenca ay y ha habido desde su principio grandes y felices ingenios y habilidades como lo puede uer el que

(7) PORREÑO, *Hist. de los Arz.*, II, 223 v.º

leiere toda esta historia, donde iré dando cuenta de todas las personas illustres en Sanctidad y letras de estos Reinos de España...» (8).

En la Universidad complutense ingresó muy joven y curso allí los estudios filosóficos hasta licenciarse en esta Facultad el 15 de Diciembre de 1587 (9). No nos ha sido dado averiguar a qué colegio universitario perteneció, ni si su uniforme alcalaíno fué el manto y capirote morado de los colegiales de la Madre de Dios, o la beca carmesí grana sobre manto azul del colegio trilingüe de San Jerónimo, o el manto y beca parda de los privilegiados alumnos del Real Colegio de San Ildefonso, cuyo Rector, revestido con muceta de terciopelo negro, sobre la parduzca loba, gozaba de singulares prerrogativas (10).

Durante este período intimó con Lope de Vega, algo mayor que él; allí conoció y trató—nos lo dice él mismo—al hermano Fr. Sebastián, lego franciscano, reputado por santo. En su época aureolaba la fama a los insignes maestros Dr. Montesinos, doctor Feliciano de Solís, Catedrático de Prima de Cánones; doctor fray Francisco de Mendoza, Catedrático de Teología, y al lector franciscano de Teología del Convento de Alcalá, P. Cámara.

Una de las influencias más decisivas en la vida de Porreño fué debida al P. Jerónimo Román de la Higuera, jesuita toledano. Hombre culto, de gran imaginación y de un excesivo amor a su Toledo y a la Iglesia española. De nadie quizás con más encomio que de él ha escrito el conguense, llamándole «*maestro mío, cuias grandes letras y singular erudición son conocidas a todo el mundo y lo serán mucho más quando Dios sea servido que salgan a luz sus obras, en que ha gastado los mejores años de su vida...*» (11). Estas obras eran históricas e iban cada día avalorándose con gran copia de documentos desconocidos, que el P. Jerónimo decía

(8) PORREÑO, *Hist. I*, Prólogo.

(9) Tuvo por maestro al P. Jerónimo R. de la Higuera, Profesor de Filosofía. En la Lógica del P. Diego Más, O. P., escribió unos versos latinos. Habla de los Catedráticos Garnica y Otaudi. Cf. sobre la fecha de la licenciatura URRIZA, J., *La preclara Facultad de Artes y Filosofia de la Universidad de Alcalá de Henares en el siglo de oro. 1509-1621*. Madrid, 1942, 264.

(10) RIZÁBAL Y UGARTE, en su *Historia de los Colegios Mayores*, no hace relación alguna de ninguno de los dos hermanos Porreño.

(11) PORREÑO, B. o. c. I, fol. 78.

recibir de las bibliotecas extranjeras. La afición de Porreño a los escritos históricos es, a mi manera de ver, motivada ya en Alcalá y despertada por el entusiasmo del P. De la Higuera, sobre el que volveremos a tratar ampliamente.

Siendo Abad universitario D. Andrés Pacheco († 1626), que fué más tarde Obispo de Cuenca, recibió los grados de Bachiller y Licenciado (12), retornando a su ciudad natal laureado. Una vez ordenado de sacerdote, fué agregado a la Curia Arciprestal de Sacedón y Córcoles; pasa luego, al cumplir los treinta años, a desempeñar la Vicaría general *sede plena* del Obispado durante el pontificado de D. Pedro Portocarrero (1597-1600) que, Inquisidor General del Reino, se encontraba ausente de su Sede.

En los primeros años del siglo xvii le hallamos al frente de la parroquia de Huete, donde es párroco-abad de la iglesia de San Esteban. El 29 de Febrero de 1604 pasó por esta población Don Felipe III, a quien prestó su homenaje el párroco, quien nos refiere cómo informando al Monarca de las tradiciones e historia locales, le dijo como cosa curiosa la costumbre que allí existía de recitar por el alma de D. Gil Yáñez, antiguo arcipreste y bienhechor de Huete, el siguiente singular responso:

«Nuestro Señor Jesu Christo, que es padre de misericordia, tenga por bien de perdonar el ánima del Arcipreste Don Gil Yáñez, nuestro hermano y así mismo tenga por bien de perdonar las ánimas del padre que lo engendró, la madre que lo parió, la partera que lo recibió, el clérigo que lo bautizó, el maestro que lo enseñó, el Obispo que lo confirmó y ordenó, y así mismo quiera perdonar las almas por quienes tenía cargo y obligación y las que padeçen en penas del purgatorio y a nosotros nos dé su gracia para acabar en su sancto seruício. Amen.» (13).

De la actividad pastoral del párroco no nos ha sido posible obtener dato alguno; solamente sabemos que estaba conceptuado como «clérigo virtuoso y letrado» (14) que se había consagrado

(12) PORREÑO, B. *Libro de la limpia Concepción...* Cuenca, 1620. Dedicatoria, fol. 2. v.

(13) PORREÑO, B. o. c. I, 132.

(14) Es sumamente interesante para conocer el grado de estimación en que estaba conceptuado Baltasar Porreño la carta que sobre un milagro de San Ignacio escribe al P. Rivadeneyra el Rector del Colegio de la Compañía

a los estudios históricos, que debió reunir una muy estimable biblioteca y que su colección numismática sobrepasaba ya las cuatro mil monedas antiguas (15).

Después del 1606 es trasladado por el Prelado D. Andrés Pacheco a la parroquia de Sacedón y Córcoles. Un natural de aquella villa nos describe la situación de ella, diciendo que es allí

Donde entre verdes ouas y espadañas
el caudaloso Xucar se desliza
y con sus dulçes aguas fertiliza
junçias, mirtos, praderas, hiedra y cañas.

Tocóle aquí la administración de una notable cantidad de dinero, que el obispo Pacheco destinó a la erección y sostenimiento de un edificio levantado para bien de los pobres.

En 1621 continuaba regentando la mencionada parroquia.

La vida del licenciado Porreño, prolongada hasta el 1630, fecha en que Lope de Vega le dedicaba el elogio arriba mencionado, terminó en el 1639. Contaba, pues, entonces setenta años de edad (16).

Tales son, a grandes rasgos, los datos de su vida. La silueta íntima de este docto eclesiástico podría sintetizarse así: Baltasar Porreño, conquense, que de haber nacido un siglo antes, probablemente hubiera cambiado su apellido malsonante en alguna traducción clásica, como lo hicieron los renacentistas y lo hizo, entre otros muchos, el Cardenal Silíceo, es un polígrafo copioso, como

de Jesús, de Huete, P. Francisco Aguado, donde se dice: «En la villa de Tinajas, tierra de Huete, háy una mujer casada por nombre Maria Escalada, mujer de Martin Ramirez, a la cual, Maria González, su madre, por causa bien ligera, la maldijo: «*Tres diablos entren en tí*» y se cumplió, entrando en ella tres demonios a 8 de septiembre de 1603, que confesaron llamarse Beelcebuth, Barrabás y Satanás... Tragéronla su marido y otras personas a esta ciudad (Huete) el 3 de enero de 1604, donde hay un *clérigo virtuoso y letrado, cura de la parroquia de San Esteban, con especial gracia para conjurar demonios...* Viéndose atacados los demonios, la dejaron y volvieron a ella varias veces hasta que al fin fueron echados del todo en Semana Santa... Conf. MUÑOZ SOLIVA, T., *Noticias de todos los... Obispos... de Cuenca*, Cuenca, 1860, 290-2.

No hay duda ninguna que la anterior referencia corresponde a Baltasar Porreño, y la fama de «clérigo virtuoso y letrado» debió ser la opinión general que de él tenían formada sus contemporáneos.

(15) PORREÑO, *Hist. de los arzobispos*, I, 35.

(16) Cf. CONDE DE CRDILLO, Introducción al tomo XL de los *Bibliófilos españoles*, p. XXIII.

en seguida veremos, de más amplitud que profundidad; clérigo post-tridentino, narra con gozo la reforma que en todos los órdenes se está operando en la Iglesia; nacido, sin embargo, a fines del siglo xvi, época de la aparición de los falsarios de la Historia, tuvo la desgracia—a la sazón endémica—de dejarse influenciar por los documentos apócrifos, aceptados sin crítica en sus escritos, cuyo valor descotizan.

II

Relación de sus obras.

Si la memoria ilustre de este hijo de Cuenca ha llegado hasta nosotros, se debe casi exclusivamente a los numerosos escritos de su incansable pluma. La enumeración de ellos la dividiremos en trabajos manuscritos e impresos (17).

TRABAJOS MANUSCRITOS

- 1) *Elogios de los Obispos de Cuenca.*
- 2) *Tratado de la venida de Santiago a España* (ms. de la Bib. Prov., Toledo).
- 3) *Historia de los Arzobispos de Toledo y cosas de España* (ms. 27-21 y 22 de la Biblioteca Capitular de Toledo).
- 4) *Elogios de los Cardenales de España.*
- 5) *Vida del Cardenal Don Pedro González de Mendoza* (ms. 9.643 de la Biblioteca Nacional).
- 6) *Elogios de los Infantes que han sido Arzobispos de Toledo.*
- 7) *Edificio espiritual, en el cual se trata de cómo ha de subir un alma a la perfección* (ms. 4.029 de la Biblioteca Nacional).
- 8) *Nobiliario* (ms. 3.329 de la Biblioteca Nacional).
- 9) *Elogios de los grandes caballeros y declarados sujetos que por la guerra y por la paz han tenido en estos reinos las excelentísimas casas Girón y Pacheco* (ms. 3.455 de la Biblioteca Nacional).
- 10) *Dichos, hechos, virtudes y milagros de... Jiménez de Cisneros.*

(17) Para la bibliografía de Porreño pueden consultarse, a más de sus mismos escritos, en los que suele proporcionar datos sobre escritos anteriores, NICOLÁS, A. *Bibliotheca hispana nova*, I; CONDE DE CEBILLO, vol. 48 (1918) de los *Bibliófilos españoles*; G(ONZÁLEZ) P(ALENCIA), A. en el prólogo de la edición de los «*Dichos y hechos del Rey D. Felipe II*», Editorial Saeta, Madrid 1942.

11) *Historia del Santo Rey Don Alonso el Bueno y Noble noveno de este nombre* (ms. D-79 de la Real Academia de la Historia, y 778 de la Biblioteca Nacional).

12) *Museo de los Reyes Sabios que han tenido las naciones del Orbe, y los libros que ellos y los emperadores y infantes han escrito y sacado a luz* (ms. 2.297 de la Biblioteca Nacional).

13) *Origen de la Real Orden y Caballería del Tusón*, (ms. D-162 de la Real Academia de la Historia).

14) *Breve tratado de las vestiduras antiguas* (ms. 6.767 de la Biblioteca Nacional).

15) *Memoria de las cosas notables que tiene la ciudad de Cuenca y su Obispado* (ms. 19.384 de la Biblioteca Nacional).

16) *Historia de San Julián, Obispo de Cuenca*.

17) *Historia de los Santuarios de Cuenca*.

18) *De las cosas notables sucedidas en Sacedón*.

19) *Discurso en razón de la aduana de las pécoras de la Pulla, en el reino de Nápoles, tocante al Patrimonio Real de España*.

20) *Defensa del estatuto de limpieza que estableció en la Iglesia de Toledo el Arzobispo Silíceo* (ms. 27-29 de la Biblioteca Capitular de Toledo).

OBRAS IMPRESAS

21) *Los oráculos de las Sibillas, profetisas de Cristo Nuestro Señor, entre los gentiles*, Cuenca, Domingo de la Iglesia, 1621, 4.º

22) *Libro de la limpia Concepción de Nuestra Señora*, Cuenca, Domingo de la Iglesia, 1620, 4.º

23) *Vida y hechos hazañosos del gran Cardenal Don Gil de Albornoz, Arzobispo de Toledo...* Cuenca, Domingo de la Iglesia, 1623, 8.º

24) *Discurso de la vida, y martirio de la gloriosa Virgen, y mártir Santa Librada, Española y Patrona de la Iglesia y Obispado de Sigüenza*, Cuenca, Salvador de Viader, 1629, 8.º

25) *Historia del Serenísimo Señor Don Juan de Austria, hijo del invictísimo Emperador*, impresa en el vol. 39 de los Bibliófilos españoles.

26) *Dichos y hechos del Rey Don Felipe II*, Sevilla, Pedro Gómez de Pastrana, 1639 y Editorial Saeta, Madrid, 1942.

27) *Dichos y hechos del Señor Don Felipe III, el Bueno, potentísimo y glorioso monarca de las Españas y las Indias...* Madrid, 1723.

III

La «Historia de los
Arzobispos de Toledo»

Las corrientes del Renacimiento, responsables de tantas transformaciones, al destacar el concepto de la propia personalidad, que viene a ser rasgo típico del hombre moderno, entonces nacido a la historia, despertaron en el individuo incoercibles ansias de renombre, de pervivencia.

La levadura humanista, sensible ya y cristianizada en España desde los tiempos de los Reyes Católicos, fermentó extraordinariamente toda la actividad ideológica nacional durante el reinado de la Casa de Austria, motivándose nuestra Edad de Oro. A lo largo de tal filtración en nuestra Patria, la apetencia de fama, si no deja de ser individual, se extiende más y casi polariza en torno a las personas morales, las instituciones, las ciudades, la nación ante todo.

Mas la consecución de un predicamento extraordinario ante la estimación ajena, no podía lograrse sin títulos de gloria; imponíase, por ende, bucear con ahinco en la existencia de cada institución, para sacar a luz pública los timbres acreditativos del renombre que se pretende; los ojos cultos se vuelven hacia las glorias de la antigüedad, donde se ocultan los blasones de toda enraizada nobleza.

Motivado por tal movimiento, surge un estilo nuevo de producir la Historia, la cual se nos muestra claramente como narración pragmática, que busca muchas veces volcarse en los moldes clásicos, ideal supremo entonces del arte en todas sus manifestaciones.

La historiografía nacional, integrada por representantes oficiales—cronistas de reyes, ciudades e institutos—y gran número de escritores independientes, comprende dos modalidades peculiares: la de los que redactan sus obras siguiendo los paradigmas de Tito Livio, Salustio, Tucídides, y la de aquellos otros que, menos cuidadosos de hacer obra de arte, buscan simplemente la desnuda exposición del pasado.

Y, con uno u otro género de historiar, surge una pléyade innúmera de escritores desde el 1543, fecha de la aparición en Zamora de la *Chronica general de España*, debida a la crédula pluma de Florián de Ocampo (h. 1490-1558?), hasta que en 1605 edita en Maguncia su edición latina de la Historia de España el jesuíta P. Juan de Mariana (18).

Entre ambos extremos de este primer período de la historiografía renacentista, poco más de medio siglo, la constelación de historiadores es densa y compleja. Ambrosio de Morales (19) continúa la obra de Ocampo y es el primero en servirse de fuentes no literarias, abriendo horizontes nuevos y ahondando en los orígenes de las ciudades españolas. El flamenco Juan Vaseo (20) y el siciliano Lucio Marineo (21) componen dos historias generales, mientras que Esteban de Garibay (22) sincroniza las distintas crónicas

(18) MARIANA, J. DE (1536-1623). *Historiae de rebus Hispaniae libri XX*, Toleti, apud Petrum Rodericum, 1592. En 1605 apareció en Maguncia, editada por Baltasar Lipsio, la misma obra de Mariana, que comprendía treinta libros y un apéndice. A esta edición es a la que nos referimos, si bien Porreño no pudo consultarla para la redacción de su *Historia episcopal y real de España*. Sólo pudo servirse de los primeros veinte libros, que alcanzan hasta el 1429, ya en su edición latina, ya en la traducción castellana, dada a luz por su autor en Toledo el 1601.

(19) MORALES, A. DE (h. 1513-91). *De las Antigüedades de las Ciudades de España con un Discurso general, donde se enseña cómo se deben hazer las averiguaciones para bien entender las antigüedades*, Alcalá, en casa de Juan Iñiguez de Lequerica, 1577. Esta obra no es otra cosa que el apéndice, puesto en el segundo volumen, de la obra en tres tomos, aparecidos respectivamente en 1574, 1577 y 1586, y que lleva por título: *La Coronica general de España, que continuaua Ambrosio de Morales... prosiguiendo adelante de los cinco libros que el Maestro Florián de Ocampo, coronista del Emperador don Carlos V dexó escritos...* Ambrosio de Morales abarca la Historia de España hasta fines del siglo XI.

(20) VASEO, J. (1511-61). *Chronici rerum memorabilium Hispaniae*, Salamanca, 1552.

(21) MARINHO SICULO, L. (h. 1460-d. 1533). *De Hispaniae laudibus libri VII y De rebus Hispaniae memorabilibus libri XXV*, Alcalá, 1530.

(22) GARIBAY Y ZAMALLOA, E. (1525-99). *Los XL libros del Compendio Historial de las Chonicas y vniuersal Historia de todos los reynos de España*, Amberes, Cristóbal Plantino, 1571. Al enumerar este autor en el sumario «las cosas más notables» incluidas en la obra, dice: «del libro octauo hasta el mesmo décimo nono (verán) la sucesión de todos los Arçobispos de la sancta yglesia de Toledo». Barajadas con las diversas incidencias históricas ocurridas desde

nacionales e ilustra la genealogía de los reyes de España. Ya habían precedido a éste con el ordenado cuadro de las grandezas y fastos gloriosos de la nación Pedro de Medina (23) y Francisco Tarafa (24).

No es nuestro intento redactar aquí un catálogo acabado de la producción histórica de la segunda mitad del siglo xvi. Solamente queremos resaltar las publicaciones aquellas que pudieron influir en la obra que estudiamos. Por eso no podemos silenciar, porque para nuestro objeto merecen amplia mención, la Historia de Toledo de Pedro de Alcocer (25), la descripción de la catedral toledana de Blas Ortiz (26), como tampoco, dado su carácter especialista, los trabajos de Jerónimo Zurita, que en sus *Anales de la Corona de Aragón* (Zaragoza, 1562-80) se nos muestra como el historiador «más severo, concienzudo e imparcial que ha habido en España» y los de F. Diago sobre la *Historia de los victoriosísimos Condes de Barcelona* (Barcelona, 1603).

Ya la hagiografía cuenta con el *Flos Sanctorum* (27) de Alonso de Villegas, y muchas órdenes religiosas poseen sus historias o crónicas generales. Los dominicos han tenido en Fray Hernando

la invasión de los bárbaros hasta el reinado de Felipe II, Garibay intercala varias noticias sobre los preladatos toledanos, extendiéndose hasta el arzobispo Fray Bartolomé de Carranza, «que agora es septuagésimo sexto Arçobispo d'esta santa yglesia y Primado de las Españas» (vol. 2, pág. 1.384, 135). La otra obra de Garibay se titula *Ilustraciones Genealógicas de los Católicos Reyes de las Españas y de los Christianísimos de Francia y de los Emperadores de Constantinopla hasta el Rey Don Filipe II y sus hijos*, Madrid, Luis Sánchez, 1596.

(23) MEDINA, P. DE (h. 1593-1567), *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, Sevilla, 1548.

(24) TARAFÁ, F. *De origine ac rebus gestis Regum Hispaniae liber, multarum rerum cognitione refertus*, Amberes, 1553. Abraza desde los orígenes hasta Carlos V.

(25) ALCOCER, P., *La Historia o descripción de la Imperial ciudad de Toledo con todas las cosas acontecidas en ella desde su principio y fundación, donde se tocan y refieren muchas antigüedades y cosas notables de la Historia general de España*, Toledo, Juan Ferrer, 1554. P. 1.^a (única publicada).

(26) ORTIZ, B., *Summi Templi Toletani graphicam descriptionem*, Toledo, 1544.

(27) VILLEGAS, A. DE (h. 1530-h. 1600), *Flos Sanctorum. Historia general de la vida y hechos de Jesu Christo, y de todos los Santos de que reza la Iglesia Católica*, T. I., Toledo, Juan Rodríguez, 1591.

del Castillo (28) su historiador; Fray Jerónimo Román (29) lo ha sido de los agustinos, como lo fué de los cistercienses Fray Bernabé de Montalbo (30); a Fray Marcos de Lisboa (31) debemos los tres tomos de la historia de los franciscanos; a Fray F. Barba (32) la de los trinitarios, y a Francisco de Rades y Andrada (33) la crónica de las Ordenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara.

El mismo Baltasar Porreño, que nos dice haber hecho unos elogios de los obispos de Cuenca, obra que quedó manuscrita, nos asegura que ya en su tiempo se habían trazado las biografías episcopales de las diócesis de Barcelona, Pamplona, Segovia y Avila (34).

Tal acervo de literatura histórica—cuyo valor crítico ahora no juzgamos—y la gran cantidad de monografías genealógicas y de sucesos y personas particulares, realizaron una trascendental labor previa: roturar la selva, desbrozar los caminos, trazar sendas e indicar direcciones. El campo, con inmenso horizonte, se presenta propicio y granado, no sólo para espigar con esfuerzos, sino para segar y amontonar en haces. Los mismos historiadores, que lamentan la falta de trabajos subsidiarios, agujijonean con sus indicaciones y quejas vocaciones nuevas, señalando temas. Es una tentación sugestiva y de medro. Es la atmósfera que respira el licenciado Baltasar Porreño.

(28) CASTILLO, H. DEL (1494-1593), *Historia general de Santo Domingo y de su orden*, T. I, Madrid, Juan Cuesta, 1584; T. II, Valladolid, Diego Fernández, 1592.

(29) ROMAN, G., *Crónica de la Orden de los Ermitaños de San Agustín*, Salamanca, 1569.

(30) MONTALBO, B. DE, *Crónica del orden del Cistel*, 1.ª parte, Madrid, Luis Sánchez, 1602.

(31) En 1566 los franciscanos Diego Navarro y Francisco de Sosa tradujeron al castellano los dos primeros volúmenes de las *Crónicas da ordem dos frades Menores do Seraphico Padre San Francisco*, publicados en portugués por Fray Marcos de Lisboa y aparecidos respectivamente en Lisboa el 1556 y 1562. En Salamanca, el 1570, Alejandro de Canova imprimió el tercer volumen, redactado por su autor en castellano: *La tercera parte de las Crónicas de San Francisco*.

(32) BARBA, F., *De la institución o fundación de la Orden de la Santísima Trinidad de la redención de cautivos*, Baeza, 1556.

(33) RADES Y ANDRADA, F., *Coronica de las tres Ordenes y Cauallertas de Sant Iago, Calatrava y Alcántara*, Toledo, 1572.

(34) PORREÑO, B., *Historia de los arzobispos de Toledo*, I, 5.

Garibay había escrito en 1596:

«No sé por qué razón, si ya no es por no mirar en ello, la Sancta Iglesia de Toledo no hace una historia de sus Arzobispos y Prelados, porque demás de que fuera justo que tan grandes príncipes de la Iglesia de Dios y en estado temporal tan poderosos tuvieran propia y particular historia suya, fuera obra muy hermosa y excelente y aun necesaria; yo de mi parte suplico a su ilustríssimo Prelado y reuerendíssimo Cabildo quisiera dar orden en cosa tan importante».

Las impugnaciones de Garibay no son en todo justas: el humanista Alvar Gómez de Castro (1515-1580) había comenzado una historia de los arzobispos toledanos, y el excelente crítico Juan Bautista Pérez († 1597), después de reunir una notable colección de fuentes, se dedicó a elaborar la historia episcopal toledana a partir del arzobispo D. Bernardo (35).

Por diversas causas, ambas historias habían quedado sin terminar, y Toledo carecía de episcopologio.

En su parroquia de Huete, Porreño había terminado su memoria de los obispos de Cuenca, y en el 1603 ponía fin a una breve «Apología de la venida del Apóstol Santiago». Inclinado a los estudios históricos, quizás desde sus tiempos universitarios de Alcalá, donde le había contagiado, según parece, su profesor el P. Jerónimo Román de la Higuera, S. L., y habiéndose ya ejercitado en trabajos de esta índole, llegó a gustar el atractivo inefable de la reconstrucción pretérita y la magia de hacer revivir personajes y sucesos sobre los que asentamos nuestra civilización y de cuyo jugo nos nutrimos. Familiarizado con las crónicas, a fuerza de hojear infolios para documentar sus publicaciones, pudo convencerse—al mismo tiempo que leía la quejumbrosa súplica de

(35) Los mns. 27-23 y 27-27 de la Biblioteca Capitular toledana, son la obra inacabada de ambos historiadores. El 27-23 conserva el escrito de Alvar Gómez, con esta inscripción en el tejuelo: «*Archiepiscoporum toleta/norum vite Alvaro Go/ metio tole(tan)o autore*». En el fol. 1 hay una nota marginal que dice: «para escriuir esta / historia le señaló la / s.^a Iglesia de T.^o al au / tor renta en su fáb.^a / gozóla desde 1571 asta 16 de sep(tiembre) del 1580 año en que murió.»—El mns. 27-27 se titula: «*Apuntamien / tos para la Historia de Toledo / y de señores / Arzobispos / con varios / epitaphios / por / el Sr. D. Juan / Bautista Pérez.*»

Garibay—de la importancia crucial que en la vida eclesiástica y política de España representaba Toledo y su sede arzobispal.

Con épica exaltación cantó él en un soneto la grandeza de la ciudad:

«Trono real de los antiguos Godos,
de sus famosos Reyes sepultura,
ciudad en quien el arte y la natura
descubrieron sus artes y sus modos.
Madre y Primada destes Reinos todos,
escuela del lenguaje y compostura,
Corte real que dió entrada segura
a Alanos, Anglos, Sueuos y Ostrogodos.
Teatro de Concilios ilustrado
con la presençia de la Virgen sancta,
Madre y Reina del çielo y del profundo.
Toledo, ésta sois Vos, trono, Primado,
corte, escuela y çidad de gloria tanta,
que en vos está çifrado todo el mundo».

Con mayor entusiasmo, si cabe, se exalta al contemplar la grandeza de la sede toledana. Si lo más grande del mundo es Toledo, lo más grande de Toledo es su catedral y el desfile de sus Arzobispos:

«Esta sancta Iglesia han venerado y favoreçido grandemente summos Pontifices, Emperadores, Reyes, Príncipes, caualleros y grandes señores... y ha sido tan ampliada y enriqueçida dellos, que sus Arzobispos de más de ser Primados de las Españas y como Primados Patriarchas, y Chancilleres maiores de Castilla, son los más ricos Prelados que ay en la Iglesia Uniuersal fuera de los Romanos Pontifices que en todo son supremos y cabeças. Es así mismo esta sancta Iglesia de tanta magestad y auctoridad, que la sacratíssima Virgen María nuestra Señora quiso ilustrarla, y sanctificarla con su benditíssima presençia, baxando a ponerle una casulla çelestial al bienaventurado Arzobispo San Ildefonso su gran deuoto... y desde este tiempo fué tan uisitada de todos los fieles christianos y tan frequentada de todas las naçiones que el uoto de uisitar este sancto templo era uno de los principales de sus peregrinaciones... y así frequentísimamente acudían a él de

toda la christiandad, y los Reyes de España bendeçian en él sus estandartes y pendones, quando iuan a dar alguna batalla; y hauiendo salido victoriosos, acudían a dar las graçias a Dios nuestro Señor, y traían a Sancta María de Toledo parte de sus despojos, reconociendo por causa de su buena dicha a esta gran señora... Qué diré de sus riqueças? de su grande número de capillas enriquecidas de grandes dotaçiones? qué de su rica fábrica de edificios? su capilla maior? sus ornamentos? sus uasos del seruiçio de altar? Qué de sus çeremonias y puntualidad acompañada de grande magestad y grandeça...; no sin gran asombro un moro oiendo un día festiuo la música de este sancto templo, y considerando la magestad, aparato y grandeça del dixo lebantando los ojos al çielo O sancto Alá y de quantas maneras quieres ser alabado» (36).

Impulsado por tan inexplorada grandeza, asegurado por autores de peso de que sería «obra muy hermosa y excellente y aún necesaria», se lanza por fin el Licenciado en 1604, cuando era arcipreste de Huete, a componer la Historia de los Arzobispos toledanos. El mismo nos da las razones que a ello le movieron:

«El motiuo que tube para escribir esta historia fué dolerme el coraçón de que una Iglesia de Toledo tan rica, tan grande, tan fuerte, tan bella, no tubiese si quiera unos elogios de sus Arzobispos, y Prelados como los tiene Barçelona, Pamplona, Segouía, Auila, y otras Iglesias de España de quien ella es la madre y la Primada. Bien veo que la falta desto proçedió de los pasados, que ocupados en guerras, y inquietudes de España, más attendían a las armas, que a las letras. Pero no dexo de admirarme de los hijos desta imperial çiuddad de Toledo, que auiendo sido tan auentajados en todas las cosas, y particularmente en el conoçimiento de las sciencias; no se aía hauido si quiera uno que nos aia dado luz de esto: y que ya que se mal lograron los fragmentos del Maestro Aluar Gómez Chronista desta sancta Iglesia y los del Maestro Pérez Obispo de Segorue, ubiera hauido algún çeloso de su patria, que prosiguiera estos intentos, para que no los culpáramos a todos. Por esta raçón pues (después de hauer hecho unos elogios de los Obispos de Cuenca mi patria), endereçe mis

(36) *Ibid.* I, 7.

pensamientos a escribir esta historia de los Arzobispos de Toledo, empresa tan grande, quanto difficultosa: tomé la pluma, no porque me fiase de mi suficiencia, sino porque veía que ninguno la tomava para negocio tan arduo: y porque me parecía haçia gran seruiçio a Dios, y a esta sancta Iglesia en abrir camino, y asegurar el vado, para que otros prosiguiesen después con más estudio, y diligencia esta empresa: que así succede quando uno descubre un Reino, o Prouinçia, que los que vienen después del, suelen pasar más adelante, como se vido en las conquistas y descubrimientos de las Indias: pero al fin ninguno me negará, que el primero no ganó la joya, y mereció el premio» (37).

«...quise haçer lo que un rústico, que llega a un juego de esgrima, que viendo que en el corro no ay quien tome la espada, rompe con el silencio de todos, y por dar la mano, y ocasión a muchos empuña la espada, y juega un par de lançes con el mismo maestro de la esgrima: y aunque en otra ocasión pareçiera su atreuimiento temeridad, y su libertad locura, en ésta juzgan todos al rústico por cortesano, por dexarles armado el juego para que todos exerciten sus fuerças. Esto mismo he hecho yo en la empresa que tomé entre manos de los Arzobispos, y Prelados desta silla...» (38).

A más de estos motivos, explícitamente presentados, tuvo otro que tan sólo veladamente insinúa: el que la Iglesia de Toledo le nombrara cronista, haciendo méritos para ello con la redacción de una obra sobre la historia eclesiástica de la diócesis, como era la que había hecho (39).

Tal es la génesis de la obra, que comenzada en 1604, estaba terminada en 1606, y cuyo título es como sigue:

(37) *Ibid. Prólogo.*

(38) *Ibid. I, Dedicatoria.*

(39) *Ibid. I, 2 vol.* «El Maestro Aluar Gómez tomó a escribir esta materia con título de Chronista desta sancta Iglesia de Toledo, pero su trabajo no salló a luz, y más fué su ánimo tratar de la nobleça de Toledo que de los Arzobispos, de quien escribió unos breues fragmentos: yo tomo este negocio de propósito y si, después de mis muchas vigillias, no mereciere el título que a él se le dió por mis escritos, al menos lo tendré bien merecido por mis deseos que son grandes de seruir a esta sancta Iglesia.»

«Historia Episcopal, y Real de España, en la qual se trata de los Arzobispos de Toledo, y Reyes que han gobernado a España debaxo de su Primado. Ansí mismo se trata de los Conçilios çelebrados en España, linajes de caballeros, fundaçiones de Monasterios, hombres sanctos, y doctos, y otras cosas de mucha curiosidad, por el liçençiado Balthasar Porreño cura de san Estevan de la çiudad de Cuenca dirigida a Don Bernardo de Rojas y Sandoval Cardenal de la sancta Iglesia de Roma, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Chançiller maior de Castilla, de consejo de estado de su Magestad, etc.»

(En el I tomo va aquí el escudo del Cardenal Sandoval; en el II, el de la Catedral).

Debajo va repartida en dos tomos esta historia.

Comprende el manuscrito dos tomos, en papel de 310 × 210 mm; el I cuenta con 8 fol. s. n. + 286 + 2 y el II con 8 s. n. + 300 + 1; las páginas están escritas con unas cincuenta líneas tiradas; van encuadernados los tomos en piel oscura y llevan pocos dibujos geométicos en oro, muy gastados.

El primer volumen, dedicado al Cardenal Sandoval, lleva en el frontispicio el escudo a pluma, recortado y sobrepuesto, de este Prelado; y el segundo, dedicado al Cabildo, el de la Catedral, dibujado sobre el mismo folio. El primer tomo lleva dos dibujos más a pluma, uno representando la ciudad de Toledo y otro el retrato del autor, «siendo al presente de edad de 37 años».

En el tejuelo exterior, por bajo de la signatura, que es 27-21 y 27-22, va el siguiente título abreviado: «Porreño / Historia de los / Arzobispos de Toledo. / T. I, o II. / Ms».

Creeyóse en la obligación el conqueñse de salir al paso a cuantas objeciones pudieran hacerse, tanto al título como al autor; lo que lleva a cabo en el prólogo, redactado con gracejo y soltura:

I. Al que dijere que su historia más bien pudiera llamarse de cosas de España que de los Arzobispos de Toledo, contesta: «...Es verdad que trato muy de propósito las cosas de los Reyes de Castilla por algunas raçones: la primera, porque auiendo los Arzobispos de Toledo assistido a su lado, y halládose en todas sus batallas, y empresas, y hauiendo sido sus fieles consejeros, mal se hiciera

historia de los Arzobispos, sin que se hiciera de los Reyes también. La segunda porque mi ánimo es hacer lo uno y lo otro;... y así en cada capítulo pongo en el título del el nombre del Arzobispo y del Rey que gobernava a Castilla en su tiempo; y, siendo este mi intento y el título del libro, ninguno podrá decir con razón que no hago lo que prometo. La tercera, en esto me muestro más acertado historiador desta silla: porque haciendo cabeça al Primado de España (como lo es) pongo a los Reyes y monarchas destes Reinos en el cuerpo desta cabeça; y tratando de cabeça, era justa cosa que tratara del cuerpo y de los miembros, pues mal se pudiera hacer historia de lo uno sin lo otro. La Quarta, digo que hice esto, porque esta historia y los hechos de los Arzobispos llegaran a noticia de los estrangeros; porque, si en ella sólo se tratara a secas de los Arzobispos de Toledo, no se desuelara el francés, ni el italiano, ni el Alemán en saber sus hechos, como acá no nos fatigamos en saber los hechos de los Arzobispos de Colonia, ni de Milán, ni de Florencia, ni de otras partes estrañas; y, llevando este cebo de las cosas de España y de sus Reyes, llegará esta historia a noticia de todos y todos ternán gusto de oír las cosas de un Reino tan grande y del Primado y cabeça del. Y no lo hice esto por hacer grande esta historia o por faltarme paño en los Arzobispos della, pues bien podrá hechar de uer el que la leiere que, quando yo no hiciera más de recoger desta obra tan grande lo que pertenece a solos los Arzobispos, hiciera un muy buen cuerpo de historia: pero hice lo uno y lo otro por mezclar lo útil con lo dulce, que en esto consiste la gala del historiador como dixo Horacio» (40).

Con habilidad no menor encuentra argumentos para defenderse de cuantos pudieran echarle en cara el que «no siendo nacido ni criado» en Toledo se haya atrevido a poner la mano en las biografías de los Arzobispos de esta sede.

a) Tal reparo no es estigma, sino más bien loa de la sinceridad de su trabajo, «pues siempre se tubo por sospechosa la alabanza en la boca propia y por excelente la que le viene de fuera»;

b) su condición de forastero es un título más por el que Toledo le debe estar obligado, «pues mi industria y diligencia han hecho lo que era officio de la asistencia»; y

(40) *Ibid.* I, Prólogo.



Retanditas del huacado Francisco Borrón de allora colegial del Rey en
dicho tiempo, en el Real Colegio de Alcalá de Henares, al retrato de su hermano el
huacado Borrón autor desta obra
de las Artes y de Toledo, y de
San de España.

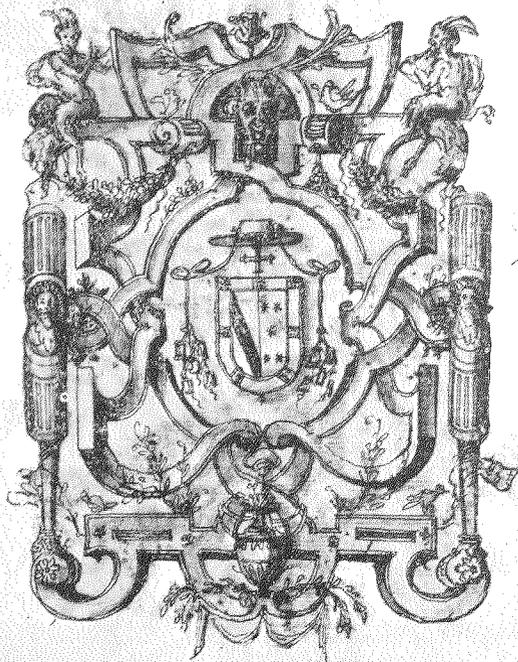
» Pudo el arte con primer
retratar vuestra figura:
mas del alma la pintura
pide otra mano, y pintar.

» Ey yo de casa no fuera,
esta pintura hiciera:
solo una esta faltara,
que siendo vuestro tan clara,
de las sombras no supiera.

Existen ad eandem imaginem frater Distichon

Contemplor vestrum, pictura pictura, manasij:
Sic vera est frater dulcis imago mei.

*Historia Episcopal, y Real de España. En la qual se trata
 de los Arzobispos de Toledo, y Reyes que han gobernado a España
 de baxo de su Primado. Asimismo se trata de los con-
 cilio celebrados en España, linajes de caualteros, fundaci-
 ones de Monasterios, hombres santos, y doctos, y otras
 cosas de mucha curiosidad, por el licenciado Bal-
 thasar Porraño cura de las Iglesias de la ciu-
 dad de Huete, Governador de la ciudad de
 Cuenca. Dirigida a Don Bernardo de
 Rojas, y Sandoval, Cardenal de la
 Santa Iglesia de Roma, Arzobis-
 po de Toledo, Primado de
 las Españas, Obispo
 del mayor de Castilla, de consejo de estado de su Magestad. en*



Va reparada en dos Tomos esta Historia.

Tomo primero

*En Madrid en la Imprenta de San Juan de los Rios de San Pedro de los Baños en
 el año de 1784.*

c) por último, es cosa de todos conocida «que muchos illustres historiadores escribieron vidas de Sanctos y illustres varones distantes en tierra y en Prouincia y Reino, y sus historias fueron tenidas en grande ueneraçión y el mundo les dió entero crédito», y luego de recorrer una larga lista de escritores que en todos los tiempos compusieron las vidas de personajes distantes de ellos en tiempo y en espacio, termina: «y el Padre Luis de Guzmán, uarón doctíssimo y religiosíssimo de la Compañía de Jesús ha escrito en nuestros días las cosas del Japón estando ausente por espacio de cinco mil leguas; y el Padre Pedro de Ribadeneira las de Inglaterra con hauer agua y tierra y enemigos de por medio» (41).

Ventiladas estas cuestiones previas en el prólogo, presentada la obra y el autor con seis páginas de redondillas, sonetos y versos latinos, en los que las más peregrinas lisonjas se sacan a colación, éntrase de lleno en la materia del libro. Comprende éste noventa y ocho capítulos de desigual extensión; los seis primeros son introductorios con la descripción de la Imperial ciudad de Toledo (I), de su fundación (II), del tiempo en que fué recibido el cristianismo en la ciudad (III), de la primacía (IV), de la grandeça y magnificença de la sancta Iglesia de Toledo (V), a la que siguen (VI) unas «aduertencias necessarias açerca de los Arzobispos de Toledo».

Una vez hecha esta labor preparatoria, se siguen en sendos capítulos las monografías de los noventa y tres Prelados que cuenta el Episcopologio de Porreño. En el primer volumen se encuentran setenta y seis, comenzadas en San Eugenio y terminadas en D. Pedro Tenorio; el segundo se abre con D. Pedro de Luna, para terminar con D. Bernardo de Sandoval, Arzobispo nonagésimo tercero, que gobernaba la diócesis cuando el autor escribía su historia.

La amplitud concedida a cada monografía depende de la copia de datos que el historiador posee del pontificado o de los acontecimientos ocurridos en la nación durante él. Por eso, mientras en dos folios solamente (18-20) se encierran las breves memorias de los Arzobispos Toribio, Quirico, Vincencio, Paulato y Natalio, situados por él entre los años 410-450, D. Pedro Tenorio abraza

(41) *Ibid.* I, Prólogo.

veintiocho folios, cuarenta y tres el Cardenal Cisneros, veintiocho el Cardenal Tavera, veintisiete el Arzobispo Carranza y otros veintisiete el Cardenal Quiroga.

IV

Valor histórico-
crítico de la obra

Hasta el presente casi no hemos hecho otra cosa que presentar al licenciado Baltasar Porreño y examinar la génesis y el plano de su Historia arzobispal toledana. Hora es ya que nos adentremos en ella y que pronunciemos nuestro juicio: vamos, pues, a tratar de su valor histórico-crítico.

Antes de formular nuestra opinión, conviene anotar las siguientes advertencias:

1.^a La Historia está hecha muy de prisa, a destajo pudiera decirse. La redacción de gran parte de ella, si no de la totalidad, fué obra del 1604, y si el manuscrito estudiado data del 1606, creemos que estos dos años de intervalo debieron invertirse en la transcripción y pulimento de la copia definitiva que había de entregarse al Cardenal Sandoval y al Cabildo toledano. Un año, a lo sumo tres, son corto tiempo para componer un libro de tal envergadura y salir con fortuna del «laberinto» inexplorado, en que el autor confiesa haberse metido.

2.^a El licenciado Porreño compuso la historia en cuestión sin salir de Huete, su parroquia. Suponemos que dispondría de una biblioteca nutrida, pero la índole de su trabajo exigía documentación copiosa y las fuentes y originales, casi íntegramente inéditos, se encontraban en Toledo, no en Huete. Esta consideración nos evidencia que la historia no puede ser ni de gran mérito ni originalidad; su autor se limita, con raras excepciones, a darnos noticias de segunda mano. Lo cual no quiere decir que sean falsas. Porreño, subjetivamente confiesa: «en lo que es verdad y certificación de las cosas que se dixeren, iré muy puntual, sin decir cosa que no la aya uisto primero en graues y authenticos escritores y papeles fidedignos que an uenido a mis manos y, si dixere

algo según mis conjeturas, será con mucho tiento y comedimiento christiano» (42).

3.^a Reconoce el autor ser cierto que «a hauido algunos Arzobispos de Toledo malos». Fuera sin embargo del sacrílego Sindredo y del intruso D. Oppas, legendariamente anatematizados en todas las crónicas, no encuentra en la dinastía prelacial cosas reprochables, y aun aquellos dos indignos prelados no ensombrecen las «haçañas, y virtudes de los muchos, que digníssimamente an poseído esta silla; pues no porque caieron Angeles malos del cielo, perdieron nada los buenos, que allá quedaron; ni porque caió miserablemente un Apóstol de los doçe de Christo, perdieron el crédito los demás; ni porque entre los siete Diáconos caió Nicholao, por eso fueron dignos de uituperio los otros seis» (43). Si bien promete dar «a cada Arzobispo lo que fuere suio y no más» para cumplir «con el officio de historiador», se advierte en toda la obra una marcada intención apologética.

Las anteriores indicaciones, de carácter general, eran precisas para enfocar el valor crítico de la historia en su conjunto. Como no podemos ahora analizar por separado cada monografía, vamos a repartirlas en tres grupos.

El estudio completo de una institución arraigada en los siglos, corpulenta en cualquier período histórico, que hiende sus raíces en la más remota antigüedad, tiene que participar necesariamente de las diversas modalidades por que atravesó en cada época la historiografía contemporánea. Por tanto, la serie de prelados toledanos ha de quedar partida en tres edades, ya tradicionalmente bautizadas: prehistórica, protohistórica e histórica.

De la primera, que en nuestro caso pudiera señalar los períodos del siglo I al VI y del IX al XI, apenas tenemos restos informes, capaces a lo sumo para reconstruir un nombre o anudar la cadena, que en ocasiones se rompe sin que la documentación actual facilite posibilidad de soldarla.

Existe luego otra época, histórica, pero en sus comienzos. Corresponde a los siglos VI-VIII; en ellos la aurora alborea persiguiendo a la noche; los objetos se palpan en su volumen central,

(42) *Ibid.* I, 9 v.^o

(43) *Ibid.* I, 10.

sin que todavía lleguen a percibirse multitud de detalles, que la imaginación suple a veces certeramente.

En el último período, iluminado por la luz radiante de un sol de mediodía o por la más tenue de su salida o del ocaso, los hechos se ponderan en lo que son. La concatenación de ellos puede casi siempre apreciarse con claridad. Comprende a los Arzobispos vividos desde el siglo XII al XVII. Si en alguna ocasión no se acierta a enjuiciar con exactitud las figuras, no es ciertamente por carencia de luz, sino, o por la grandeza múltiple de los personajes o porque en la interpretación ha podido ofuscar el exceso de luminosidad. El espejismo es un fenómeno óptico de la luz solar.

La dificultad que siempre supone el historiar tiempos sin historia, en los que se desarrolla la actividad no escrita de más de veinte prelados de su catálogo, tocóla Porreño en toda su magnitud:

«Quiero antes de comenzar a tratar de los Arzobispos desta Sancta Iglesia —anota como advertencia previa— aduertir al que leiere esta historia, la mucha dificultad que ay en aueriguar sus hechos y uidas, espeçialmente hasta los tiempos de la recuperación de Toledo, porque como en aquel tiempo andauan las cosas de rebuelta y más se ocupauan los hombres de aquel siglo en nuestra España en llorar sus trabajos y enbraçar las armas que en escribir libros y historias, así se tiene tan pocas notiçias de las cosas de aquella edad...; y sola esta raçón quiero poner delante de los ojos del que leiere esta historia, para que heche de ver el mucho trabajo que me abrá costado lo poco o mucho que en ella escribo» (44).

Y, cuando ya en el cuerpo de la narración, después de haber trazado la biografía de cuarenta y dos Arzobispos, pasa a hablar de Sumeridio (741-757), escribe: «Hemos llegado a un tiempo de mucha dificultad, así por las desgraçias de España como por platicarse poco las letras en este tiempo tan calamitoso y hauer falta de escritores, y los que se auenturaron a tomar la pluma andar muy uarios y diuersos, y así no será poco si atinamos a hallar camino en una noche tan obscura como es ésta».

Y como la noche oscura, propicia para el aquelarre, es amiga de fantasmas y consejas, tuvo la mala fortuna el licenciado Porre-

(44) *Ibid.* I, 9 v.º

ño de tomar en ella por compañero de camino a un guía, quizás de buena fe, pero de imaginación tan exaltada, tan visionario que le desorientó totalmente.

Ya hemos hablado anteriormente de este singular personaje. Se llamaba Jerónimo Román de la Higuera, fué profesor de Filosofía en Alcalá, donde le conoció Porreño y le admiró como a hombre «cuias grandes letras y singular erudición son conoçidas a todo el mundo». Era jesuíta, y toledano tan amante de su ciudad, que su exagerado patriotismo no podía tolerar que en la historia de la egregia ciudad toledana existieran ni sombras ni lagunas.

Aficionado a los estudios históricos, conocía como el primero las fuentes documentales existentes, lamentándose muchas veces de la desaparición y falta de escritos antiguos, que hubieran iluminado, sin duda, muchos pasajes oscuros o discutidos de nuestra historia en los doce primeros siglos de cristianismo. Si de la misma manera que el historiador cuenta hoy para conocer episodios y estampas de los siglos VI al VIII, con las crónicas de San Isidoro y del Pacense, contara con escritos de los seis primeros siglos cristianos y del período mozárabe, la historia de la Iglesia española podía rehacerse íntegramente.

Obcecado con insistencia por este pensamiento y por el posible contenido de aquellas crónicas perdidas o que pudieron escribirse, llegó a darlas vida, como daba también en aquellos años historicidad a los libros de caballerías, «en un lugar de la Mancha» el ingenioso Hidalgo que acababa de forjar Cervantes. Nos encontramos francamente ante un caso de quijotismo histórico (46).

En sus prolongadas lecturas había conocido el P. De la Higuera las noticias que de un español del siglo IV, llamado Dextro, daba San Jerónimo (47) y las que proporcionaba del obispo de Zaragoza, Máximo († 619), San Isidoro (48). Según tales referencias, Dextro se decía haber compuesto una historia omnimoda y Máximo una historia breve del tiempo de los godos. Si llegaron a escribirlas, estaban totalmente perdidas. Pero Dextro y Máximo, situados respectivamente en los siglos IV y comienzos del VII, eran unos

(46) Remitimos para más amplitud de noticias a **GODOY Y ALCANTA, J.**, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, 1868, caps. I, III y IV.

(47) *De viris illustribus*, CXXXII.

(48) *De viris illustribus*, XLVI.

magníficos rodrigones, sobre los que iban a descansar los engendros *ficúlneos*.

Un buen día de fines del siglo xvi hizo su aparición en el mundo el *Chonicon de Flavio Marco Dextro*; recién escrito, venía recargado de una falaz pátina de antigüedad. La patria española del falseado titular dáble amplia base para edificar en la superficie de los años 360 al 430 una crónica imaginaria, con la que se satisfaría la curiosidad de todo aquello que se deseaba saber.

Entre otras noticias, se daban allí éstas: Santiago, durante su predicación en España, erige templos y crea doce obispados, uno de ellos Toledo. Después de San Pablo, viene a España San Pedro, trayendo consigo imágenes de la Virgen. Los Centuriones evangélicos de Cafarnaum, el Calvario y Cesarea fueron españoles. Herodías murió en el Segre. Ya en el primer siglo era un hecho la primacía oficial de la Iglesia toledana, donde funcionaban los seminarios. El Arzobispo toledano Toribio es amigo de San Ireneo, y Olimpio, sucesor de aquél, echa los cimientos de la biblioteca capitular de Toledo. Sobre San Eugenio, primer Arzobispo, es sobre el personaje que más noticias se facilitan. Llamóse Marco Marcelo Eugenio, hijo del Cuestor Marcelo y de Claudia; hermanas suyas fueron las santas Xantipe y Polixena, y hermano, Victorio Marcelo, protegido de Domiciano e investido por San Eugenio con la dignidad arciprestal de la iglesia primada. Fué San Eugenio amigo de Nerón y discípulo de Simón Mago; sostuvo correspondencia con los santos Nereo y Aquileo, y vivió en estrecha relación con Séneca, Persio, Juvenal y Stacio...

Bastan estos indicios para apreciar el mérito del espúreo *Chronicon*, de Dextro; mas como éste había de tener necesariamente fin y quedaba todavía mucho camino por andar hasta el siglo xii, fué preciso recurrir al nombre de Máximo césaraugustano para que prohijsese la continuación. Máximo, fingese haber redactado su crónica para satisfacer la petición del obispo Argebato, que le había manifestado deseos de poseer una continuación de Dextro. Leovigildo, Hermenegildo y Recaredo son las figuras centrales de esta nueva fábula. Aquí se nos cuenta la floración monástica en España de la orden benedictina, la sucesión exacta y completa de los prelados toledanos y hasta la leyenda del Cristo de la Vega.

Pasamos de corrida por otros fragmentos más de creación

Higuera, atribuidos a San Braulio y Heleca, Tajón y Valderedo, y encontramos que otro falseado continuador prosigue la crónica de Dextro desde el 606 al 922. Es ahora Luitprando, diácono ticinense y subdiácono toledano bajo el Arzobispo Bonito. Se dice allí que Luitprando, al salir de Toledo, se llevó consigo algunos libros historiales en que se referían por su orden la sucesión de los obispos españoles, y que, como en la biblioteca de Fulda, donde vivía, hubiese hallado a más del *cronicón* de Dextro, continuado por Máximo, varios libros procedentes de la biblioteca toledana y donados a Carlomagno por el Arzobispo Elipando, la situación de Luitprando era inmejorable para tejer la historia episcopal española hasta el siglo x. Y, claro está, no pudo resistir la tentación y compuso tal historia, en la que se dice que Mahoma estuvo en España, cuál fué la situación precisa del monasterio agaliense, la fama que adquirieron en Toledo las artes mágicas, la dedicación del templo del Pilar al misterio de la Inmaculada Concepción; que Carlomagno estuvo en la ciudad del Tajo; allí aparece Roldán canonizado y las Canarias evangelizadas por los discípulos de Santiago. En los tiempos del Emperador Augusto existían ya las lenguas castellana, valenciana y catalana. Gallego fué el Papa Martín II; religiosos carmelitas fueron Santa Leocadia y el Arzobispo Elpidio, lo que no puede causar extrañeza alguna, pues a esta orden pertenecieron varios judíos de los que llegaron a España en los tiempos de Nabucodonosor.

Un poco más de paciencia todavía para que podamos analizar someramente otro *Chronicon*. Es el de Julián Pérez, a quien se supone mozárabe y arcipreste de Toledo hasta la fecha de la recuperación de la ciudad en 1085.

Dextro había proporcionado las noticias de los cuatro primeros siglos, hasta la invasión bárbara; San Máximo las de los siglos v y vi; Luitprando continuó la información hasta el siglo x; quedaban aún lagunas y oscuridades hasta el siglo xii, que venía a rellenar y esclarecer Julián Pérez, quien después de ser la suprema autoridad del Toledo mozárabe, pasa a desempeñar el cargo de secretario del Arzobispo Cluniacense D. Bernardo. «Colección y compendio de algunos Arzobispos de Toledo» llegó a llamar el P. De la Higuera a esta última superchería; y es en efecto un desfile de monumentos, costumbres, apellidos y tradiciones de la ciudad lo que constituye la trama de tal hilaza. Por ella sabemos

que España e Irlanda recibieron su cristianismo de Santiago; que los judíos españoles del tiempo del Salvador no tuvieron parte alguna en su muerte; que fueron españoles la madre y los abuelos de los Macabeos y hasta que llevaba matrícula de Cádiz la nave donde se embarcó Jonás; y por si esto fuera poco, todavía se nos asegura más: que Júpiter estuvo en El Toboso matando gigantes. Por algo decíamos que era este hombre un caso de quijotismo histórico.

Mil y una patrañas más fueron las que refirió el P. Jerónimo Román de la Higuera a lo largo de la noche oscura de los documentos al embebido Porreño, que, como estimaba a su maestro por oráculo omnisciente, tuvo la desgracia de creérselas y darlas carta de naturaleza histórica en su galería de Arzobispos toledanos.

El juicio crítico, por tanto, que la primera parte del escrito del conquense merece, es doble: por una, conmiseración para el autor; por otra, el de nulidad absoluta de su historia.

Los otros dos períodos son dignos de calificación distinta; los materiales utilizados son más seguros. Crónicas y concilios facilitan datos ciertos de los Arzobispos visigodos del siglo VII, cuyas biografías, no exentas de brumas, presentan de vez en cuando falsedades interpoladas. Desde el Arzobispo D. Bernardo (1085-1124), las monografías valen más, la cronología adquiere firmeza, porque los documentos se hacen cada vez más numerosos. Sin embargo, como la obra es de segunda mano, el mérito de cada semblanza se condiciona por el del autor o autores que se extractan. Será Ximénez de Rada para los Prelados del siglo XII, Sepúlveda para el Cardenal Albornoz, Gonzaga para Carrillo de Acuña, etcétera, etc.

Desde el Cardenal Mendoza, en que la bibliografía se concreta a personajes únicos, la historia de Porreño alcanza un notable valor, que pasa a ser excepcional desde que se incoan las accidentadas desventuras del Arzobispo Carranza; son ya tiempos que el autor conoce, ha visto muchos papeles originales y narra hechos de los que él mismo ha sido testigo. Desde aquí, y aun desde el comienzo del siglo XVI, Baltasar Porreño deja de ser historiador para convertirse en cronista. Las siluetas de Cisneros, Tavera, Silíceo, Quiroga, están primorosamente perfiladas.

El episcopologio toledano elaborado por Porreño merece, cier-

tamente, un capítulo de elogios, de los que no queremos regatearle ni uno.

Plácemes, en efecto, merece por haber sabido reunir en él toda la bibliografía existente sobre la materia hasta el siglo xvii. Es verdad que los materiales se presentan cargados de ganga, pero también es cierto que convenientemente acrisolados, puede conseguirse un notable apoyo en ellos para elaboraciones ulteriores.

Otro de los méritos es, a más de la sincronización e influencia que la historia arzobispal presenta en sus relaciones con la nacional, el que cada Arzobispado se cuidase de anotar los valores científicos y literarios durante el período descollados; en cierta forma pueden considerarse estas notas como un abreviado nomenclátor de las letras eclesiásticas españolas.

El motivo principal de alabanza, lo decimos para gloria del autor y con gran vergüenza como toledanos, es el que se lanzara a escribir la historia episcopal de la sede primada. Antes de él nadie lo había logrado; después de él nadie siquiera lo ha intentado. La obra de Porreño queda en los primeros años del siglo xvii aislada como un faro en la inmensidad del océano. Desde el Cardenal Sandoval, en que la historia termina, la colección suntuosa de figuras cumbres que han desfilado por la sede toledana, gobernándola, está intacta, como el arpa en el rincón, esperando la mano que pulse sus cuerdas, cargadas de notas.

He terminado este somero ensayo sobre la personalidad del licenciado Baltasar Porreño y su Historia de los Arzobispos de Toledo, pero no puedo acabar sin que manifieste mi gratitud, en primer lugar, a la Divina Providencia, que se ha servido de multitud de circunstancias para que mi ingreso en la Academia tuviese lugar dos días después de haber sido entronizado en ella el Sagrado Corazón de Jesús (49).

Como asimismo agradezco muy de corazón a todas las personalidades y amigos, que se han dignado prestigiar con su presencia este solemne acto y acompañarme en la recepción de mi investidura como miembro numerario de la Academia. Y en

(49) Verificada el 4 de Junio de 1943.

cuanto a vos, Sres. Académicos, que habéis querido honrarme llamándome a vuestra compañía, magnífica escuela donde tantas lecciones he de recibir, me ofrezco con toda la sinceridad de que mis mejores anhelos se sienten movidos. Sacerdote siempre, ofrendo desde ahora a la Academia mis trabajos e investigaciones, sirviéndome de las mismas palabras casi con que el autor que ha sido centro de este discurso dedicaba su obra al Cabildo toledano. *A ella los ofrezco y pongo debaxo de su protección y amparo, bien como de madre piadosa, poderosa y esclarecida, que no se desdeña de admitir los humildes servicios de sus sierbos con igual amor y gusto que los regalos de sus queridos hijos: a ella suplico los reciba con el amor y deseo que los ofrezco a su grandeza, a quien Nuestro Señor guarde y prospere con eterna felicidad. Amén.*

¶ ¶ ¶ ¶

Discurso-Contestación

del Académico numerario

Don Clemente Palencia

EXCMO. Y RVDMO. SR. ARZOBISPO PRIMADO,
AUTORIDADES EXCMAS. E ILMAS.,
SEÑORES ACADÉMICOS:

Ingresa hoy en esta Corporación un nuevo Académico que, además de venir asistido por una cultura excepcional, trae como nota característica su condición de sacerdote. Es el primero que viene como numerario a ocupar la vacante de otro eclesiástico: D. Rafael Martínez Vega, Maestro competente de Teología que murió víctima de la barbarie roja. Con él fueron asesinados otros Académicos que eran preclaras inteligencias de la Iglesia: D. José Polo Benito, Deán de la Catedral, figura universal del periodismo católico; D. Agustín Rodríguez, de amplísima cultura literaria, conocedor profundo de Sagrada Escritura.

Esta Corporación contaba, además, entre sus Académicos, a un insigne Obispo, que también sucumbió a manos de las hordas feroces, que superaron en su crueldad a los bárbaros que registra la Historia. En épocas de grandes turbulencias detuvieron los Obispos las más rudas invasiones. San Agustín defendió Hipona contra los vándalos; San Lupo, en la Galia, salvó a su ciudad episcopal del furor de los hunos; San Aniano, Obispo de Orleans, detuvo a Atila. No en vano llevaban el título de defensores de las ciudades; sin embargo, el Dr. Esténaga no pudo librar, ni aun su propia persona, ante estas hordas del siglo xx.

Fué D. Narciso Esténaga uno de los fundadores de esta Real Academia. Cuando se le nombró Obispo Prior de las Ordenes Militares, vino desde Ciudad Real, en situación de Académico honorario, a pronunciar una documentada conferencia sobre la condición social de los mudéjares en Toledo durante la Edad Media.

Amaba las glorias toledanas con acendrado cariño. Conoció los secretos del Archivo Catedralicio; los rincones más olvidados del Templo Primado; las figuras e instituciones de nuestra ciudad, desde el Colegio de Santa Catalina, con sus maestros y sus literatos, hasta las personalidades del Cardenal Aragón, del Padre La Palma, Tamayo de Vargas o Francisco de Pisa, como conocía las figuras universales de nuestros grandes clásicos, llegando a saber de memoria capítulos enteros del «Quijote» y de Santa Teresa. Con la desaparición del Obispo Prior perdió nuestra Corporación una figura insustituible.

Otros sacerdotes, como Académicos correspondientes, fueron también martirizados: D. Felipe Rubio Piqueras, D. Francisco Martínez Moreno, que fué por coincidencia el párroco del nuevo Académico en sus últimos días de seminarista y sus primeros de sacerdote.

* * *

Hecho este ligero preámbulo en loor de los que sufrieron el martirio por Dios y por España, he de presentaros ahora a D. Juan Francisco Rivera y darle la bienvenida en nombre de esta Academia. Desde su infancia conozco su carácter estudioso, su afabilidad y su virtud, que demostraré con pruebas evidentes. Es la primera sus estudios de Teología en la Universidad Gregoriana de Roma, desde el año 1929 hasta el año 1934 en que se doctoró en dicha Facultad, y desde 1934 al 36 en que se licenció en Historia Eclesiástica con Medalla de Oro de Su Santidad el Papa, además de obtener el diploma de Biblioteconomía de la Biblioteca Apostólica Vaticana.

Por razones de estudio, al comenzar la Guerra española, en 1936, se encontraba en Alemania, regresando a nuestra Patria para cumplir los deberes de su Ministerio en Toledo. Comenzó su labor docente en el Seminario Conciliar (año de 1933), donde actualmente explica Historia de la Iglesia y Patrología. Fué en el año 1939 Vocal de la Junta Organizadora de la Exposición Internacional de Arte Sacro de Vitoria. Y en 1940 fué nombrado Beneficiado Archivero de la Catedral y Bibliotecario del Seminario.

Su aportación a los estudios teológicos comienza con un documentado trabajo sobre «La Maternidad divina de María», premiado en el certamen público que en honor de Nuestra Señora de Belén,

Patrona de Carrión de los Condes, se celebró, en el año 1932, en Lérida. Trabajo que inicia sus primeros estudios sobre la Historia de aquella magna controversia del adopcionismo que conmovió las postrimerías del siglo VIII, primero en España, esgrimiendo sus apasionadas teorías, por una parte, Elipando, Arzobispo de Toledo, y Félix, Obispo de Urgel, y de la otra, San Beato de Liébano y Eterio, Obispo de Osma. Cuestión que se hace internacional inquietando el Pontificado del Papa Adrián I y obligando a Carlomagno a reunir diversos Sínodos y Concilios en Ratisbona (792), Francfort (794), Roma (799) y Aquisgran (800), acudiendo en defensa de la Ortodoxia católica Alcuino, y ya en el Pontificado de León III, San Paulino, Patriarca de Aquileya, y el español Teodulfo, Obispo de Orleans.

En la revista romana «Ephemerides Liturgicae» (año 1933), publica: «La controversia adopcionista del siglo VIII y la ortodoxia de la Liturgia mozárabe», estudio apologético sobre el ritual mozárabe toledano, ya que Elipando, al intentar defender sus errores ante los Obispos de Aquitania y Austrasia, invoca, como argumento de tradición, a favor de sus doctrinas, estas palabras: «Así dijeron también los Santos y venerables Padres toledanos, que con solicitud ejercieron su ministerio, en las oraciones de sus Misas».

Las consecuencias de esta falsedad de Elipando fueron tan funestas a esta Liturgia venerable, que Gregorio VII escribía, a finales del siglo XI, a Alfonso VI: «Según me han notificado algunos piadosos varones, parece que en ese rito se encuentran fórmulas que abiertamente están contra la fe católica».

El Sr. Rivera hace, en este opúsculo, una brillante defensa de las creencias mozárabes, demostrando con documentos pontificios posteriores la pureza dogmática de la Liturgia visigoda y haciendo un minucioso análisis sobre cada texto en que aparece la palabra «adopción» dentro de los tratados litúrgicos y doctrinales de los padres visigodos, volviendo sobre el mismo tema en su parte histórica sobre Gregorio VII y dicha Liturgia.

Para esclarecer la figura del que sembró estos heréticos errores, publicó en 1940 un nuevo tratado con el título de «Elipando de Toledo», animada biografía del hombre y de la época, tan bien aceptada por la crítica que el mejor arabista contemporáneo — maestro de tantos sabios y escritores — D. Miguel Asín Palacios,

escribía estas palabras al Sr. Rivera: «He leído de un tirón su interesante estudio sobre Elipando y el adopcionismo, cuyos orígenes investiga usted con tanta erudición como prudencia, y le felicito por el tino con que está expuesto el problema. En la revista «Al Andalus» haré que se dé nota de ello, por lo que toca al aspecto islámico del tema. Desgraciadamente no hay datos en los autores árabes que añadan luz mayor a los que usted cita, pues las polémicas antecristianas que existen son posteriores a Abenahazam».

Pasando por alto numerosos artículos en revistas eclesiásticas, como «A propósito de una Carta de Alcuino recientemente encontrada», y su intervención en la Tercera Semana Bíblica con la Conferencia sobre el «Liber Comitis» de la Catedral de Toledo, mas otros trabajos en diarios y publicaciones sueltas, he de destacar su libro, que aún no ha llegado a la publicación definitiva, sobre los sacerdotes asesinados en la diócesis, proyecto que bendijo el Cardenal Gomá y ha estimulado con afectuosas palabras el Dr. Plá y Deniel, nuestro amado Arzobispo, que hoy nos preside. Vibran en esta obra sentimientos de entusiasmo, de emoción y de cristiana tristeza; abundantes anécdotas de los que se enfrentaron con la muerte revestidos con una entereza digna de los primeros mártires cristianos, y, sobre todo, el profundo estudio de las causas motivadoras de la persecución, ya que, como dice San Agustín: «La causa hace al mártir».

La Editorial «Amaltea» encargó, no hace mucho tiempo, al Sr. Rivera, la biografía del Arzobispo toledano San Julián, en la que reconstruye el ambiente de la época con justeza literaria y exactitud histórica admirables, que en breve verá la luz pública (1).

* * *

En cuanto al discurso que terminamos de oír, veo en vuestros rostros y en los aplausos tan justamente tributados el mejor comentario.

(1) Cuando se publican estos discursos, ya han aparecido los libros de los que se hace mención, cuyas notas bibliográficas son las siguientes: *San Julián, arzobispo de Toledo. s. VII. Época y personalidad*, Barcelona, 1944, 240 págs. *La persecución religiosa en la diócesis de Toledo*, vol. I (único hasta ahora publicado), Toledo, 1945. XXIII + 404 págs.

Honrando al conqueñense Baltasar Porreño, recuerda la entrevista con D. Rafael Martínez Vega, y al ocupar su puesto en esta Real Academia, traza su notable biografía; gesto delicado, digno del mayor elogio.

Aunque no es Baltasar Porreño figura literaria de primera fila, tampoco merece permanecer en el olvido; contó por lo menos con la amistad de Lope de Vega, y su producción literaria es abundante. Tuvo protectores decididos, como el Cardenal Sandoval y Rojas y el Obispo Pacheco de Cuenca; no faltaron elogios a sus obras, estampados en el comienzo de sus libros, según la moda de la época; pero huyendo de la ojeriza y del rencor —moneda corriente entre los escritores del Siglo de Oro— quiso que fuesen sus hermanos, sacerdotes como él, los que hiciesen sus redondillas, epigramas y sonetos laudatorios. Basta leer las intencionadas y crueles décimas satíricas de Lope, Góngora y Quevedo contra el dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón, censurando su joroba, para ver hasta qué punto llegaba el encono de nuestros literatos. Sus defectos de escritor son propios de la época. «Entre los poetas de nuestra edad —dice Cervantes («Don Quijote», II, 70)— se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga o no venga a pelo de su intento». Así se explica que Calderón se apropiase como suyas, sin hacer la menor indicación, dos de las más conocidas obras de Lope de Vega, esto por lo que se refiere a autores de novelas y de teatro.

En cuanto a los historiadores de esta época, no se les puede exigir ni crítica ni gusto literario; empeñados en reproducir los modelos clásicos, se complacen en pormenores sin interés que hoy nos abrumen, descripciones de sitios y batallas, arengas pomposas, citas de autoridades antiguas pedantescas e inoportunas y documentación pobre, casi siempre de segunda mano; a esta moda de la época no podía escapar Baltasar Porreño. Su mérito principal fué el asunto. Al trazar la Historia de los Arzobispos toledanos hizo un alto servicio literario y patriótico, pues bien merecía un estudio esta elevada jerarquía eclesiástica de Primados, superiores a los de cualquier otra nación, con sus aguerridos campeones de cruzadas, de organizadores y políticos, de agudos ingenios de Príncipes y Mecenas.

Con la acertada elección de su discurso y el feliz desarrollo del mismo, nos ha demostrado claramente D. Juan Fran-

cisco Rivera cuán de felicitar es para esta Corporación su ingreso como Académico numerario.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo Primado: Hacia 1558 esta casa amenazaba venirse al suelo. Las reparaciones que en ella hizo Alonso de Covarrubias fueron inútiles. La casa en ruinas fué comprada por los Marqueses de Malagón; la dueña de ella, doña Luisa de la Cerda, pasó por grandes tribulaciones. Vió morir, en lo más florido de su edad, a tres hijos, y necesitaba en pruebas tan difíciles de un espíritu superior que vertiese sobre su alma el bálsamo del consuelo. De Avila vino la santa inquieta y andariega a confortar su espíritu, ya «que la tenían tan lastimadísima los trabajos que Dios daba a esta señora».

En esta misma casa vivió sus primeros días en Toledo Santa Teresa de Jesús, con el anhelo de mitigar el dolor de un alma atribulada; lo demostró en un precioso discurso D. Agustín Rodríguez, con su acostumbrada erudición.

Con la suave evocación de la santa —la gran Doctora de nuestras Letras místicas— quisiera recordaros, excelentísimo señor, vuestros primeros días episcopales de Avila y cómo os deparó la Providencia venir a Toledo en un Pontificado consolador. En cualquier institución toledana oiréis el mismo gemido: «pupili absque patre», como pequeños, sin la ayuda paterna.

Con el acto de hoy termina nuestro curso académico. Fundiendo mis sentimientos con los de mis compañeros, doy las gracias a todos los asistentes a él; a tan selecto auditorio, a nuestras dignas Autoridades y a Vos especialmente, que os habéis dignado venir a cerrar con broche de oro nuestro año académico.

█████